

# A PROPÓSITO DE LAS PRIMERAS ARQUITECTURAS CASTREÑAS EN EL SECTOR OCCIDENTAL DE ASTURIAS

**Sergio Ríos González**

Arqueólogo

[sergioj.rios@gmail.com](mailto:sergioj.rios@gmail.com)

## ABSTRACT

This paper deals with the analysis of the architectural evidence linked to the earliest defined occupation phases in western asturian hillforts. We realise that there is no known parallelisms to the period's most representative archaeological structures, and are equally aware of the difficulty to assign the whole recovered evidence to the 9<sup>th</sup>-8<sup>th</sup> centuries BC. Therefore, and waiting for future new data which would help to solve the question, we propose to locate the emergence of the hillforts settlement in this area within a more expanded and later time, between the 8<sup>th</sup> and the 5<sup>th</sup> centuries BC.

**Keywords:** Castro Culture, Atlantic Bronze Age III, Iron Age, Asturias, Northwestern of Iberian Peninsula.

## RESUMEN

En este trabajo se aborda el análisis de las arquitecturas asociadas a las fases de ocupación más tempranas detectadas en castros del occidente de Asturias. Se constata la falta de paralelos para las estructuras tenidas por las más representativas del periodo y la dificultad de constreñir la integridad de este registro a los siglos IX-VIII. En consecuencia, y en espera de nuevos datos que precisen la cuestión, se propone adscribir el surgimiento de lo castreño en el área de estudio a un arco temporal más amplio, comprendido entre los siglos VIII-V a.C.

**Palabras Clave:** Cultura Castreña, Bronce Final Atlántico III, Edad del Hierro, Asturias, NW de la Península Ibérica

## INTRODUCCIÓN

A comienzos de este siglo comenzó a difundirse en la bibliografía arqueológica que el origen de los castros del occidente de Asturias se inscribía en un preciso arco temporal, a caballo entre el final del s. IX y el inicio del s. VIII a.C. La hipótesis, formulada en primera instancia por A. Villa, se apoyaba en la interpretación propuesta por este investigador del primer horizonte de ocupación registrado en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime) (VILLA 2002: 162-164), a la que se agregaron con rapidez referentes extraídos de otros tres castros más: El Picón (Tapia de Casariego), Os Castros (Taramundi) y San Chuis (Allande) (VILLA 2007b: 27-30) (Fig. 1). Mención aparte merece El Cortín dos Mouros (Santa Eulalia de Oscos), que también se ha relacionado con esta etapa (VILLA 2007b: 30-31; 2007c: 194-196). Sin embargo, tanto el emplazamiento como el aparato defensivo-delimitador de este recinto nada tienen en común con los patrones asociados a los asentamientos

comúnmente calificados de castros (Figs. 2 y 3)<sup>1</sup>; a lo que se suman la ausencia de construcciones domésticas –como muestra la roca desnuda que aflora en la práctica totalidad de la superficie interior- y la falta cualquier otro dato objetivo que justifique la cronología propuesta. Su inclusión en el grupo de asentamientos tempranos resulta así especulativa, por lo que debe descartarse en tanto no se aporten pruebas que la avalen.

De estos cuatro asentamientos solo Os Castros de Taramundi ha proporcionado un horizonte de ocupación de carácter doméstico, integrado por un conjunto de fondos de cabañas en material perecedero, el más notable, por número y calidad, de todos los exhumados hasta el momento en el occidente astur (Fig 4). Constituye el referente arqueológico más antiguo registrado en el occidente astur con unas características que pueden calificarse con propiedad de castreñas, equiparables a las de otros ejemplos domésticos del ámbito galaico portugués. El contexto arqueológico en el que se inscriben no autoriza, sin embargo, a remontar con plena seguridad su cronología al intervalo entre los s. IX y VIII a.C, sino tan solo a fijar un *terminus ante quem* para la misma en el inicio del siglo IV a.C. (MENÉNDEZ *et alii* 2013: 192; RÍOS e.p.).

Los horizontes fundacionales de los otros tres asentamientos no han ofrecido hasta el momento construcciones de carácter doméstico. La trama construida asociada a esta fase se compone de estructuras poliorcéticas, foso y murallas, a las que se suman una construcción a la que se atribuye una función ritual y estructuras en negativo relacionadas con superestructuras de madera, ambas de una notable singularidad. El objeto de este artículo es el análisis pormenorizado de este registro, al objeto de valorar su transcendencia y el alcance de los argumentos esgrimidos para determinar su cronología.

## EL REGISTRO

### El Picón de la Coroza (Tapia de Casariego)

Se localiza en el sector más meridional de la rasa costera, la franja de terreno relativamente llana de 4-4,5 km de anchura media que se interpone entre la línea de costa, al N, y las primeras estribaciones montañosas, al S. El asentamiento ocupa un cerro de casi 80 m de altura, que por su carácter aislado adquiere un protagonismo en el paisaje bastante significativo (Fig. 5.1). Este aislamiento y la altitud relativa con respecto a la planitud del entorno circundante facilita además un gran dominio visual.

En el año 2001 se abrieron en él siete sondeos valorativos de reducidas dimensiones (Fig. 5.2), de los que tan solo dos de los tres emplazados en la corona superior proporcionaron secuencias de relevancia arqueológica (VILLA 2007a). En el primero de ellos (S-1), con una superficie total de 10,5 m<sup>2</sup>, se excavaron varios niveles asociados a la presencia de materiales cerámicos de producción indígena y la ausencia total de materiales clásicos, que llevaron a sus excavadores a fecharlos en un momento indeterminado de la segunda Edad del Hierro. No se documentaron estructuras asociadas a este horizonte, aunque sí hoyos de poste (VILLA 2007a: 280).

---

1 Se trata de un recinto definido por una potente muralla de varios metros de anchura erigida con grandes y heterogéneos bloques sin desbastar. Su ubicación, en torno a 675 m de altura, parece relacionarse en exclusiva con una función estratégica: la interceptación de los tránsitos por la loma cimera de la Sierra de Piedra Tiñosa. Este cordal servía de enlace entre la Sierra de Fallobal, al S, y el Alto de la Garganta, al N, y su utilidad como corredor natural de comunicación parece avalada por la presencia de varias necrópolis tumulares jalonando su recorrido (VILLA 1992: 224-225). No se tiene noticia del hallazgo de materiales, lo que sumado a la ausencia casi absoluta de sedimentación en su interior parece que imposibilita, al menos a priori, la datación arqueológica del enclave. No obstante, su tipología y situación parece que remiten a una datación plenamente histórica, que podría retrasarse hasta la Alta Edad Media o incluso a un momento posterior.

Estos niveles se superponían sobre la traza arrasada de un tramo de la muralla que se cree que delimitaba la corona superior del asentamiento y de la que se afirma que estaba elaborada con “bloques irregulares de granito [sic]” (VILLA 2002: 178). Bajo el derrumbe de su paramento interno, “en niveles asociados a la fundación y periodo de vigencia de la muralla”, se pudo recuperar el muñón de fundición de un hacha de talón que denuncia su relación con una aleación plomada (VILLA 2009: 126-127). En el segundo sondeo (S.2), de apenas 1 m<sup>2</sup>, se documentaron dos horizontes de ocupación con sendos hoyos de poste que no han podido ser situados cronológicamente.

En suma, la datación del asentamiento en torno al siglo VIII a.C. se apoya en exclusiva en la recuperación de una pieza que remite a la tradición metalúrgica del Bronce Final Atlántico (VILLA 2002: 178; 2007a:280), pese a que se han expresado reservas en contra de considerar a estos materiales aislados como referentes seguros de una ocupación castreña temprana (CARROCERA 1990: 127-128; PARCERO 2000: 86; GONZÁLEZ RUIBAL 2006-07:78-79). Por otra parte, la situación del castro parece relacionarlo con la conquista del valle, que por lo común se admite que no tuvo lugar hasta el perfeccionamiento de las técnicas agrícolas y la capacidad de trabajar suelos potentes y evolucionados, ya en la Segunda Edad del Hierro (PARCERO 2000: 87-88).

### **El Castro de San Chuis (Allande)**

Es este uno de los castros clásicos de la historiografía arqueológica asturiana (JORDÁ PARDO *et alii*, 2014: 136-152). Fue excavado por Francisco Jordá Cerdá en dos fases (1962-1963 y 1979-1987), en las que concentró su investigación en la franja más nororiental del recinto, abarcando unos 976 m<sup>2</sup>, que vienen a suponer aproximadamente algo más del 16% del total de su superficie. Esta área se divide en dos sectores, el septentrional o Barrio Bajo y el meridional o Barrio Alto, marcadas por la presencia de una dispar trama constructiva. En el primero predominan las construcciones de planta circular y en el segundo las de planta cuadrangular, en las que se aprecian tanto divisiones interiores como superposiciones sobre construcciones circulares de época anterior (Fig. 6).

El emplazamiento, que se eleva hasta 781 m sobre el nivel del mar, parece ajustarse a los patrones característicos de los castros de fundación temprana, al aunar un amplísimo dominio visual con una destacada presencia en el paisaje, a lo que se suma una relación de intervisibilidad con otros asentamientos castreños (Fig. 7).

Aunque Jordá Cerdá adscribió lo excavado a una etapa altoimperial, comprendida entre mediados del siglo I y el siglo II d.C., dejó entrever la posible existencia de horizontes prerromanos, atendiendo, sobre todo, a la diacronía que se derivaba de las superposiciones entre fábricas que pudo sacar a la luz (JORDÁ CERDÁ 1985). La idea sería defendida por Maya a partir de su estudio de los materiales, pese a los problemas que tuvo que afrontar a la hora de adscribirlos a contextos stratigráficos específicos (1988: 60), y también por Jordá Pardo (1990: 124-125), que tomó como referencia el estudio del material cerámico realizado por Manzano (1986-1987). Años después la idea fue retomada con un nuevo argumento: cinco dataciones absolutas extraídas de muestras localizadas del fondo de materiales recuperados en las campañas de excavaciones de la década de los ochenta del pasado siglo, tres provenientes del Barrio Bajo (UBAR 216, UBAR 217 y UBAR 218) y las dos restantes del Barrio Alto (UBAR 350 y UBAR 351) (CUESTA *et alii.*, 1996: 228-237) (Fig. 8). Con este registro radiométrico se sostuvo que la ocupación del castro podría remontarse a finales del siglo IX o principios del siglo VIII, estando ya claramente identificada en el siglo VI a.C. y prolongándose hasta la época romana (CUESTA *et alii* 1996: 236; JORDÁ PARDO y GARCÍA 2007: 145). La crítica que en su día hicimos de esta interpretación no cuestionaba la validez de las fechas

isotópicas, al centrarse en exclusiva en las incoherencias derivadas del intento de ubicarlas en un registro excavado varios años atrás (RÍOS y GARCÍA DE CASTRO 2001: 95-99).

En el año 2001 Jordá Pardo y sus colaboradores insistieron en esta misma línea de investigación, aportando dos nuevas fechas radiocarbónicas, UBAR-681 y UBAR-682, en este caso extraídas de tres muestras de tierra carbonosa recuperadas ese mismo año (SC.1.1. SC. 1.2 y SC. 1.3)<sup>2</sup>. Su lugar de procedencia es un perfil estratigráfico del mismo sector que las muestras UBAR-350 y UBAR-351, en el Barrio Alto, cuadros C-21 y D-21, dentro de una cabaña cuadrangular de cronología altoimperial que se superpone a otra circular para la que se estima una cronología prerromana (CUESTA *et alii* 1996: 230-231, 233-234; JORDÁ PARDO *et alii*, 2002: 20-27; JORDÁ PARDO y GARCÍA 2007: 144-145). Las dos nuevas muestras se asignaron a SC.1/VI, nivel del que supuestamente provenía UBAR-351, pero también UBAR-218, recuperada del Barrio Bajo (JORDÁ PARDO *et alii* 2002: 26, tabla 6). En virtud de estas nuevas fechas se asigna al estrato una horquilla temporal comprendida entre el siglo IX y el comienzo del siglo I a.C. (JORDÁ PARDO *et alii* 2002: 35).

En 1996 se definía SC.1/VI de la siguiente manera (CUESTA *et alii* 1996: 230):

De naturaleza arcillosa, muy rico en materia orgánica (carbones, semillas, cenizas, aparece asociado a los fondos de estructuras circulares y correspondería a la ocupación más antigua del castro.

Se considera, por lo tanto, que este estrato, de escasos centímetros de espesor, integra todo el registro sedimentario relacionable con la ocupación prerromana, abarcando un arco temporal de casi nueve siglos. Esta interpretación sería refrendada años después (JORDÁ *et alii* 2002: 32), rechazando nuestro escepticismo a la hora de aceptar que la ocupación prerromana quedara reducida a un único estrato uniforme, que se expande tanto por los dos sectores excavados como por el interior y exterior de las construcciones visibles (RÍOS y GARCÍA DE CASTRO 2001: 96). Con ello se viene a asumir que SC.1/VI agrupa toda la serie de unidades y relaciones estratigráficas representativa -cabe suponer, dada la larga cronología que se defiende para la fase prerromana- de múltiples fases de construcción, ocupación y abandono. La consecuencia inmediata que cabe extraer entonces en el plano sedimentario es que no cabe otorgar a SC.1/VI otro estatus que el de un mero revuelto -de cronología prerromana si se quiere, pero revuelto en definitiva-, lo cual lastra drásticamente los intentos de establecer cualquier relación entre este estrato y la trama construida.

Esta limitación, sin embargo, no ha sido tenida en cuenta, como bien prueba el intento de establecer relaciones entre SC.1/VI y la cabaña circular del Barrio Alto sobre la que se superpone una construcción de época altoimperial. En un primer momento se consideró que el estrato se correspondía con el horizonte de ocupación de esta cabaña circular, con la que se relacionaron también varios agujeros de poste excavados en la roca. En consecuencia, se interpretaba que las muestras UBAR-351, UBAR-681 y UBAR-682 fechaban la ocupación de la estructura (JORDÁ *et alii* 2002: 20-21, 31-34). Ello implicaba asumir, por una parte, que la petrificación de la arquitectura doméstica del poblado se produjo en una época muy temprana, y por otra, que la cabaña mantuvo una extraordinaria vigencia, cercana a los ocho siglos. Con posterioridad, se expresaron dudas acerca de esta relación entre SC.1/VI y la cabaña circular, apuntando la posibilidad de que UBAR-351 pudiera asociarse con una construcción previa en material perecedero (VILLA 2002: 163-164). La hipótesis fue asumida por Marín y Jordá Pardo, que articularon una división *ad hoc* del viejo SC.1/VI en dos subniveles: el VIa, con el que relacionaron tanto las dataciones UBAR-350, UBAR-681 y UBAR-682

---

2 El material datable de SC.1.2 y SC.1.3 fue agrupado, razón que explica que solo se obtuvieran dos fechas absolutas.

como el muro perimetral de la cabaña circular de piedra; y el VIb, al que vincularon la fecha UBAR-351 y “los agujeros de poste de una posible estructura vegetal” (JORDÁ PARDO y MARÍN 2007: 140-141; MARÍN 2007: 151-152). Este último subnivel fue asociado además a un contexto de grandes cabañas y metalurgia heredera del Bronce Final (JORDA PARDO *et alii* 2014: 153), apreciación que, dado lo paupérrimo del registro disponible, solo cabe calificar de desiderátum.

Respecto a UBAR-351 matizan también su procedencia, al indicar que el nivel VIb rellanaba los agujeros de poste<sup>3</sup>. En este sentido es preciso tener presente que la datación no fue extraída de restos de madera del primitivo poste sino de semillas carbonizadas, por lo que parece evidente que no cabe relacionar VIb con la fase de uso de esta hipotética cabaña en materiales perecederos.

Otro problema es el que atañe a la trama defensiva del poblado, sobre la cual recientes excavaciones han proporcionado novedades (VILLA y MENÉNDEZ 2009). En el año 2006 se abrieron tres sondeos en el Barrio Bajo, que sumaron una superficie total de 17,84 m<sup>2</sup>. En ellos se pudo observar como debajo del tramo estudiado de la muralla de módulos subyace otro lienzo continuo de factura más tosca y anchura aparentemente más reducida, que a su vez se apoya en un paleosuelo de supuesto origen no antrópico que también sirvió de lecho de deposición a los estratos generados durante el periodo en el que esta primera cerca estuvo en uso. En las imágenes publicadas puede verse como a la altura del sondeo 3 este muro sirve de apoyo a la muralla de módulos, mientras que en el sondeo 1 ambos discurren paralelos, mostrando la presunta muralla primitiva una clara disimetría en la configuración de sus paramentos, evidente el interior y apenas perceptible el exterior, posiblemente por haber sido cortado por la trinchera de fundación ligada a la construcción de la muralla suprayacente (Fig. 9). Tras su amortización, tanto los restos de este muro como los niveles asociados fueron sepultados “por aportes de tierra y cascote menudo”, sobre los que se excavaría posteriormente la trinchera de fundación relacionada con la construcción de la muralla de módulos hoy visible. La secuencia remata con otro nivel adosado contra su paramento interno, que sirvió de apoyo a una de las cabañas de planta circular del Barrio Bajo (C-11) (VILLA y MENÉNDEZ 2009: 166-170). Los excavadores no hacen referencia al repertorio de materiales asociado, pese a que la secuencia estratigráfica excavada se acercó, o incluso superó en algunos puntos, el metro de potencia. Cabe suponer, por lo tanto, que no se recuperó resto alguno, o bien que su número y entidad resultó poco determinante a la hora de establecer una filiación cronocultural.

Para datar este registro se aportaron cuatro fechas radiocarbónicas, extraídas de muestras de materia orgánica sin especificar (VILLA y MENÉNDEZ 2009: 170-176) (Fig 8). Los excavadores consideran que las dos dataciones obtenidas de los depósitos adosados al interior y exterior de la primera muralla prueban que la fundación del castro tuvo lugar a finales de la Edad del Bronce (Beta 222460 y Beta 222459), pese a que la amplia horquilla temporal definida por ambas abarca desde fines del siglo IX a finales del siglo V a.C. La tercera muestra fue recogida del “paleosuelo sobre el cual se instalaría la primera de las murallas” (VILLA y MENÉNDEZ 2009: 172) (Beta 222461), proporcionando una horquilla de fechas calibradas a caballo entre el tercer y segundo milenio a.C., por lo que media un hiato de más de dos milenios entre este supuesto paleosuelo y la primera muralla que requiere de una explicación. La cuarta fecha proviene de una muestra recuperada del depósito formado con posterioridad a la construcción de la muralla de módulos (Beta 222458), por lo que se considera que fija la cronología de esta estructura. La horquilla abarcada por la misma va de finales del siglo V a finales del siglo III a.C.

---

<sup>3</sup> “La muestra procede de un depósito de semillas ubicado en la base del nivel VI (que hemos denominado nivel VI-b), dentro de un pequeño agujero limitado por la roca del sustrato y lajas de pizarra (...), unos 55 cm por debajo del arranque de los muros de la estructura circular” (JORDÁ PARDO 2009: 55). “Dicho muro circular [se refiere al de la cabaña circular superpuesta] se encuentra sobre el nivel VI-b, que es el relleno de algunos agujeros de postes realizados sobre la roca madre, y que contenían algunas semillas carbonizadas, de las que se tomó la muestra UBAR-352 y algunas cerámicas” (JORDÁ PARDO *et alii* 2014: 153).

### **El Chao Samartín (Grandas de Salime)**

La primera ocupación de este castro se tiene por el referente más importante y significativo del horizonte castreño más temprano del occidente de Asturias (VILLA 2007b: 27-31). Se asienta sobre un escarpe con una altura máxima de 675 m, que por el flanco oeste conforma el borde de una abrupta vertiente, de casi 300 m de desnivel, que cae hasta el río Cabalos; mientras que por el flanco este da paso a una amplia penillanura – denominadas *chaos* en la toponimia local-, que ofrece condiciones adecuadas para los aprovechamientos agrícolas gracias a su planitud y la presencia de suelos profundos. De esta posición de transición entre dos ámbitos topográficos tan dispares se deriva que el asentamiento resulte inaccesible desde el oeste, aumentando de forma paulatina la vulnerabilidad a medida que se contornean los laterales norte y sur, hasta llegar al flanco oriental, en el que esta alcanza su mayor grado. Otra consecuencia derivada de esta situación es el reducido campo visual hacia los flancos norte, sur y este, limitado a los terrenos cultivables más inmediatos. La panorámica se amplía considerablemente en sentido oeste, abarcando la casi totalidad de la cuenca del Cabalos, dominada en buena parte por terrenos improductivos y de elevada pendiente. La presencia del asentamiento en el paisaje tampoco es especialmente relevante; debido, por un lado -el flanco oriental-, a una posición deprimida con respecto al entorno circundante, y por otro -el flanco occidental-, a su situación sobre un crestón que no destaca entre la serie de afloramientos rocosos que conforman el remate de la vertiente derecha de la cuenca del Cabalos (Fig. 10).

Su situación, por lo tanto, no parece ajustarse a los patrones de preeminencia, visibilización y buenas condiciones defensivas que por lo común parecen caracterizar las ubicaciones de los primeros poblados fortificados en otros ámbitos del noroeste peninsular (GONZÁLEZ 2006-07: 102-103; LEMOS 2009:127-131). Sí se sitúa, por el contrario, en las cercanías de un corredor natural de comunicación, factor que también se ha señalado a la hora de analizar estos asentamientos tempranos (LEMOS 2009: 128), que tras el cambio de era sería aprovechado por la traza de la vía *Lucus Asturum-Lucus Augusti*.

Los elementos representativos de esta fase inicial se concentran en la parte superior del poblado (VILLA y CABO 2003), denominada “acrópolis” por sus excavadores. Se trata de un área de unos 30x80 m, ceñida por una muralla por los lados sur y este, a la que antecede un foso por este último flanco. Contaba, cuando menos, con una entrada abierta a mediodía, frente a la cual fue localizada, enterrada, una cista hecha con lajas de pizarra que contenía una calota craneal humana (VILLA 2005: 110-111). En tres de los sectores abiertos al interior (suroccidental -denominado A-II por los excavadores-, noroccidental, y suroriental), quedaron al descubierto series de orificios excavados en la roca dispuestos en líneas paralelas; mientras que en un cuarto, abierto en la zona central (A-I), se exhumaron los restos de una gran cabaña de contorno cuadrangular con las esquinas redondeadas (Fig. 11).

Este registro sirvió de base para formular una propuesta de restitución conjunta y sincrónica de todas las estructuras constructivas supuestamente ligadas a esta fase fundacional del castro, que se condensa en una imagen que, por haber sido publicada en múltiples ocasiones, ha logrado alcanzar una gran difusión (VILLA y CABO 2003: 147, Fig. 3; VILLA 2005: 33; 2007b: 30, lám 3; 2007d: 124, fig. 2) (Fig. 12). Hace unos años avanzamos sucintamente algunas de las incoherencias que a nuestro juicio lastraban esta reconstrucción (RÍOS y GARCÍA DE CASTRO 2001: 98-99), sobre las que ahora abundaremos.

## La empalizada

No ofrece ninguna duda la relación de los agujeros de poste excavados en la roca con el anclaje de una superestructura de madera. En opinión de su excavador estos huecos sirvieron para fijar una empalizada consistente en “dos líneas de postes pareados”. La supuesta coetaneidad de este elemento y la muralla que ciñe el recinto superior por los flancos este y sur se explica mediante la reducción de esta última a una simple “plataforma de nivelación”, justificada por la falta de paramento interno (VILLA 2002: 177, lám VI). No se contempla, por lo tanto, la posibilidad de que esta carencia pudiera obedecer al elevado arrasamiento que presenta la estructura, más acentuado en las zonas más elevadas, que, como es lógico, vienen a corresponderse con el espacio intramuros. No obstante, el desnivel existente es muy reducido, insuficiente a todas luces para generar una muralla ataludada similar a la documentada en alguno de los castros más tempranos del ámbito galaico, como Peñalba o Torroso (CARBALLO 1996: 319). La ilustración antes referida muestra además a la doble empalizada sirviendo de contenedor a un relleno de tierra y piedras y como en su lateral oriental la armadura de madera se combina con un paramento pétreo. Se propone así un tipo de defensa que solo cabe calificar de *unicum* en la poliorcética de la prehistoria reciente del noroeste peninsular<sup>4</sup>.

Esta restitución asume de facto que las alineaciones de agujeros de poste localizadas en los tres sectores estuvieron estructuralmente vinculadas, descartando así la presencia de discontinuidades en las amplias superficies sin excavar que median entre las zonas sondeadas. Sin embargo, esta hipotética unicidad no se ve avalada por la disparidad en la morfología y tamaño de los agujeros, ni tampoco por las separaciones entre agujeros y líneas. Sobre el particular se precisó que los puntos de apoyo de los postes se disponían pareados, a intervalos de 5-5,5 m (VILLA 1999: 116); pero lo cierto es que la separación real entre los centros de los orificios de los dos sondeos abiertos en el lateral occidental del recinto oscila en torno a 2,70 m, tanto entre líneas como entre los orificios de la misma línea, valor que se reduce a 1,30-1,45 m en la separación de los agujeros y a 1,90 m en el intervalo entre las dos alineaciones del sondeo suroccidental. Además, con anterioridad se había representado una tercera línea de apoyos por el lado exterior del sector suroccidental, que luego sería ignorada en esta restitución. Se describía como formada, no por agujeros, sino por “asientos de piedra para la estructura de madera” (VILLA 1999-2000: 393, 419, lám XI). Por el otro lado, en el sector suroccidental, de las dos líneas de potentes agujeros cuadrangulares visibles solo se integró la interior, ya que la exterior, como hemos avanzado y puede verse claramente en la restitución, fue reemplazada por un paramento pétreo.

En el interior de varios agujeros de los sondeos suroccidental y noroccidental permanecen aún visibles las cuñas pétreas que sirvieron para anclar los pies derechos (Fig. 13). Estas lajas sobresalen ostensiblemente con respecto a la superficie de la roca, lo que debió de impedir la fijación de postes o tablas en horizontal al ras del substrato rocoso. La ausencia de cajeados sobre la superficie del roquedo abunda también en contra de esta posibilidad.

Por último, hay que hacer referencia a la evidencia, estimo que concluyente, que proporciona el registro sedimentario. Con acuerdo a la interpretación expuesta cabría esperar la presencia sobre los agujeros de poste y su entorno de los restos de un derrumbe a modo de parapeto, producto del desmoronamiento del relleno de tierra y piedras que presuntamente contenía la doble empalizada. Sin embargo, no se aprecian indicios de su existencia (Fig. 14), y no cabe apelar a la acción de la

---

4 Esta restitución nada tiene que ver con lo que comúnmente se entiende por una empalizada de delimitación o cierre, como, por ejemplo la documentada en el poblado do Pego (Braga), que se fecha por radiocarbono entre los siglos VIII y VI a.C. (SAMPAIO *et alii* 2008: 228-230). El empleo de cercas de madera para delimitar espacios diferenciados también se ha identificado en el área comprendida entre el *enclos* y la construcción anular del enigmático conjunto de Ventosíños (Coeses, Lugo) (PIAY *et alii*, 2015: 64-65), fechado entre los ss. XI-IX a.C. y que a través de sólidos indicios ha sido puesto en relación con ceremoniales de carácter funerario (*Ibidem*, 72 y ss.).

erosión para explicar esta carencia, dado que esta resulta incompatible con la supervivencia de un potente nivel de cenizas que se pone en relación con el incendio de la estructura (VILLA 2005: 108-109; 2007d: 124). Paradójicamente se destaca también, y así parecen confirmarlo las fotos tomadas tras la excavación, como este incendio dejó su huella sobre la roca en forma de grandes enrojecimientos entre las líneas de postes (VILLA 1999-2000: 393); dato que prueba que la roca estaba al descubierto en el momento que se ocasionó el fuego, lo que entra en franca contradicción con la preexistencia de una masa de relleno entre las dos presuntas empalizadas.

### La gran cabaña

La otra estructura representativa de esta fase inicial del castro ofrece también grandes singularidades para este marco temporal temprano. Se la ha relacionado con las llamadas *longhouses* (CAMINO 2016: 87), pero sus características, al margen del tamaño, tienen poco en común con estas grandes cabañas, cuyo inventario para contextos cronoculturales peninsulares de final de la Edad del Bronce y los inicios de la Edad del Hierro es muy escaso por el momento y se ciñe a la zona central de la meseta, con una única excepción, aunque notable, en el noroeste peninsular (MORENO 2014). Se trata del castro de Punta de Muros<sup>5</sup>, una factoría especializada en la metalurgia del bronce cuya cronología abarca un periodo que se inicia en la transición entre los siglos del siglo X-IX a.C. y alcanza su plenitud en los siglos VIII-VII a.C. (CANO 2010:198-200; CANO y GÓMEZ 2010: 30-31). En este poblado se documentaron los fondos de 37 grandes cabañas, que presentaban plantas oblongas con extremos generalmente redondeados y accesos abiertos al sudeste. Su perímetro estaba definido por muretes de factura tosca, levantados con piedras sin carear, lo que se traducía en secciones de notable irregularidad. Estos zócalos servían de base a unas paredes en las que se combinaban postes con entramados vegetales recubiertos con barro (CANO 2010:201-204; CANO y GÓMEZ 2010: 31-34).

Aunque el arrasamiento de la cabaña de Chao Samartín es casi absoluto, los escasos restos conservados muestran una calidad de ejecución muy superior. El contorno puede determinarse con precisión gracias a la trinchera de cimentación tallada sobre la roca que sirvió de asiento a la pared perimetral, con excepción del lateral occidental, donde lo deprimido del substrato rocoso obligó a la colocación de grandes bloques a modo de zapata de cimentación. Su planta era cuadrangular, con las esquinas redondeadas y unas medidas interiores de 12,50 m en sentido S-N y 4,50 m en sentido E-O. En línea con el eje mayor se vislumbran los apoyos de dos pies derechos: dos cajas talladas sobre la roca en las que permanecen aún las cuñas de piedra destinadas a garantizar la fijación de los postes. Los regulares perfiles de los entalles de la caja de asiento del muro aún se perciben con claridad en el extremo septentrional, pese a la erosión generada por la permanente exposición a los agentes atmosféricos desde el año 2002 (VILLA y CABO 2003: 147, lám V; VILLA 2005: 102). A través de ellos se puede determinar su relación con una pared de unos 90-93 cm de anchura media (Fig 15)<sup>6</sup>. Sobre su composición se ha indicado que combinaba madera y piedra, con postes dispuestos a intervalos de 1,25-1,35 m. –valor determinado a través de las mortajas talla-

5 En el ámbito del noroeste se ha relacionado también con una *longhouse* una serie de agujeros de poste excavados sobre un afloramiento granítico en Pena Fita (Monte Aday, Lugo) (VÁZQUEZ *et alii* 2015). Sin entrar a discutir la pertinencia de esta interpretación formal, meramente hipotética, dada la falta de registro sedimentario asociado, la cronología que se propone para su fundación, 2ª mitad del II milenio a.C., descartaría en principio toda relación con la estructura de Chao Samartín. Es cierto que los investigadores que la han estudiado defienden también la existencia de una fase posterior que se inscribiría en la 1ª mitad del primer milenio, pero a ella solo se le asignan ciertos agregados (piletas, canalizaciones y rebajes) que no alteraron la estructura preexistente (*Ibidem*, 27). Esta diacronía ha sido establecida a partir de referentes indirectos –básicamente, el repertorio cerámico recogido en superficie en las inmediaciones, para la primera fase, y las cronologías atribuidas a los petroglifos localizados en el entorno, para la segunda-, lo que obliga a tomarla con reservas, máxime cuando de la misma se infiere una inaudita vigencia –entre 500 y 1000 años- para la superestructura de material perecedero asociada.

6 Entendemos que la atribución de 1,80 m de anchura a esta pared es fruto de un error (VILLA 2007d: 124).

das sobre la roca- que iban embutidos en paredes de mampostería (VILLA 2007d: 124). Camino apunta a propósito de la importante sección de estos pies derechos que solo puede explicarse en el plano estructural por una relación con el apeo directo de la cubierta, por lo que la obra de mampostería, de la que apenas se conservan unos modestos testigos de cuidada factura, no recibiría carga y no tendría otra función que la de cierre. Aduce por ello que el alzado de esta fábrica debió reducirse al de un simple zócalo -solución que vendría confirmada por la total ausencia de restos de derrumbe-, y que las paredes perimetrales fueron levantados con madera y barro (CAMINO 2016: 87). La hipótesis resulta interesante y la solución propuesta resulta a todas luces más coherente en el plano constructivo y más conforme con el contexto cronológico que se atribuye a la obra, pero tiene en su contra la completa ausencia en el registro excavado de restos de manteado, cuya presencia cabría esperar si se tiene presente que la construcción fue supuestamente destruida por el fuego.

Con este incendio se asocia también la presencia de un potente nivel de cenizas superpuesto al piso de la cabaña. En cambio no se conservan restos de otros elementos como el hogar o el umbral de acceso. Sobre este último se ha propuesto su ubicación en el lateral oeste (VILLA 2007d: 124), orientación que en el norte peninsular resulta inusual en construcciones aisladas, por ser la que recibe los vientos dominantes.

Entre los materiales recuperados se menciona la presencia de fragmentos cerámicos “elaborados sin la utilización del torno” y abundantes restos metálicos (VILLA 2002:162-163;VILLA y CABO 2003:145-146), entre los que se incluyen fragmentos de láminas de bronce con remaches (VILLA 2009: 128-129) y fragmentos pertenecientes a un enigmático objeto, identificado primero con un escudo (VILLA 1999-2000: 392) y más tarde con un disco relacionado con “una significación alegórica de carácter astral, tal vez con intención calendaria, orientada al rito y la ceremonia” (VILLA 2009: 142), y cuya restauración, estudio y catalogación están aún pendientes de ser completados. Por último, se recuperó también un aplique de asa de recipiente metálico (VILLA 2009: 130-131; VILLA y CABO 2003: 146), que si bien parece pertenecer a un caldero con remaches, ofrece unas características que no se ajustan a los morfotipos de calderos remachados del Bronce Final Atlántico (GERLOFF 1986: 88 y ss; ARMADA y VILACA 2016: 129-132). La morfología y disposición del enganche del asa ofrece en cambio una mayor afinidad formal con modelos de sítulas más tardíos relacionados con asas con extremo vuelto, como los ejemplares del castro de A Peneda, en los que el bronce se combina con el hierro y que se adscriben a un contexto castreño tardío (ARMADA 2003), pese a las reticencias expresadas sobre el particular por Coffyn (1985: 57).

Por último, hay que señalar también que el fondo que se custodia en el museo del castro incluye un significativo lote de materiales procedente del entorno de esta construcción que incluye abundantes restos bronceos emparentables con los hallados en su interior.

### **Cronología y función**

La cronología propuesta para esta etapa fundacional se ha establecido a partir de la combinación de nueve dataciones radiocarbónicas (Fig 16), extraídas de muestras de concentrados y consideradas “estadísticamente iguales” (VILLA y CABO 2003: 148, 150). Ello no ha sido óbice para proponer una fecha de fundación, en los intervalos 801-778 a.C. o bien el 799-764 a.C., y de amortización, entre el 761 y el 679 a.C. (VILLA y CABO 2003: 149-151), forzando hasta lo inasumible el análisis conjunto de unas fechas de procedencias dispares, cuya conexión y coetaneidad se presupone pero no se demuestra arqueológicamente y que además proporcionan dataciones calibradas con grandes mesetas, que en algún caso llegan incluso a alcanzar el inicio del s. IV a.C.

A ello hay que sumar las graves incoherencias que lastran esta periodización. Así, y sí se da por buena la consideración como depósito fundacional de la cista que contenía la calota craneal, en buena lógica habría que tomar como *terminus post quem* para fundación la fecha obtenida del paleosuelo en el que fue inserta dicha cista (CSIC 1784), que paradójicamente es idéntica a la recuperada de los sedimentos que la sellaron (CSIC 1785), pese a que los excavadores los ponen en relación con la fase de ruina de la muralla que circundaba el recinto superior (VILLA y CABO 2003: 144). Debería relacionarse también con el horizonte fundacional, y no con el de amortización como se pretende, la muestra extraída del nivel de cenizas de la vertiente occidental (CSIC 1544), al menos si se asume su relación con el incendio de la doble empalizada; al igual que la muestra de “concentrado de madera” extraída de uno de los agujeros de poste (CSIC 1786). Por el contrario, debería vincularse con la amortización, y no con la fundación, la extraída de las cenizas relacionadas con la pira que supuestamente ardía al pie del crestón que los excavadores estiman que presidía el recinto (CSIC 1545) (VILLA y CABO 2003: 147). Por último, pide también explicación la fecha proveniente del foso (CSIC 1475), ya que a que el contexto estratigráfico asignado, “los sedimentos que rellenaron el tramo superior” (VILLA y CABO 2003: 148), lleva a concluir que esta zanja defensiva estaba completamente colmatada con el recinto aún vigente, o cuando menos en un momento inmediato a su amortización.

La gran cabaña merece un análisis específico, dado que carece de paralelos en todo el ámbito del noroeste. Por el momento, y para la etapa previa al siglo IV a.C., solo se han localizado construcciones domésticas en piedra en la franja costera comprendida, *grosso modo*, entre los ríos Ulla y Duero (GONZÁLEZ 2006-07: 195-198). Ninguna se aproxima, siquiera remotamente, a la calidad y dimensiones del ejemplo de El Chao Samartín, ni tampoco ofrecen soluciones técnicas equiparables. El ejemplo más destacado, por la antigüedad que se le atribuyó en un inicio, es el de Coto da Pena, donde Silva fechó una de las cabañas pétreas exhumadas en el intervalo 900-700 a.C., considerando probable la pertenencia al mismo arco temporal de otras construcciones, o al menos de parte de las mismas (1986: 34-35), aunque otros autores prefieren datarla no antes del siglo VII a.C. (CARBALLO y GONZÁLEZ RUIBAL 2003: 41). La cabaña en cuestión presenta una planta oblonga y unas dimensiones comunes en la arquitectura castreña del noroeste. Su cronología se estableció a partir de dos referentes. El primero es una hoz de bronce de botón de tipo Rocanes recuperada del interior de la construcción (SILVA 1986: Est. LXXXVI. 1), que Silva fechó en torno a mediados del S. IX a.C. a partir de la datación propuesta por Coffyn para las hoces de bronce de los tipos Rocanes y Castropol (1978: 366). El hallazgo de un fragmento de molde en el taller metalúrgico de Peña Negra muestra, sin embargo, que el tipo Rocanes perduró hasta mediados del VIII a.C., cuando menos, al provenir de un horizonte de ocupación fechado entre el 780 y el 740 a.C. (GONZÁLEZ PRATS 1992: 249). Por su parte González Ruibal propone como paralelo más tardío la hoz de tipo Castropol recuperada del castro de Camoca (2006-07: 96), que proviene de un horizonte a caballo entre los siglos VIII y VI a.C. (CAMINO 1999: 158). El segundo referente esgrimido por Silva proviene del exterior. Se trata de una datación radiocarbónica extraída de una muestra recogida de un conchero superpuesto a un suelo que adosaba contra el muro perimetral de la cabaña. La fecha absoluta que proporciona es muy anterior a la cronología defendida por Silva para la cabaña, además de adolecer de una enorme desviación estándar que obliga a considerarla inválida<sup>7</sup>.

Torroso es otro castro que ofrece un conjunto notable de construcciones en piedra de esta fase temprana, que en los momentos iniciales coexiste con estructuras levantadas en materiales perecederos, aunque ni la planta ni la técnica constructiva de ninguna de ellas ofrece afinidades con

---

<sup>7</sup> Extraída de un conjunto de simientes de vicia faba. UGRA 220: 2930+100 B.P. (SILVA 1986: 34, nota 177). La calibración con el programa OxCal v4.3.3 proporciona la siguiente fecha: 1408-902 a.C. (95,4%).

las de la cabaña de Chao Samartín. Por sus dimensiones, destaca un gran recinto de planta mixta –generada por la combinación de planta cuadrangular y circular– adscrito a la fase Sexta, para el que se ha sugerido una posible función comunitaria a partir exclusivamente de su tamaño (los hallazgos de su interior son juzgados irrelevantes) (PEÑA 1992: 19-20, fig. 24, láms 24-25; ARMADA 2011: 170; ARMADA y VILACA 2016: 138), aunque también se han llegado a expresar serias dudas de que corresponda a un espacio cubierto (PEÑA 1992: 20). Las sucesivas fases de ocupación de este poblado se asocian a fechas radiocarbónicas equiparables en antigüedad a las proporcionadas por el recinto superior del castro de Chao Samartín, pero en este caso el responsable de la excavación opta por la prudencia a la hora de fijar su cronología, situándola torno a finales del S. VII e inicios del VI a.C. (PEÑA 1992: 21-22)<sup>8</sup>.

Respecto a la funcionalidad de la cabaña de Chao Samartín se ha sugerido un carácter ritual, atendiendo a la falta de ajuar doméstico y la preponderancia del material bronceo sobre el cerámico (VILLA 2007d: 124-125). Desconocemos las razones por las que cabe atribuir al material bronceo un mayor sesgo ritual que al cerámico, cuya presencia en contextos sagrados está de hecho bien contrastada, y máxime cuando la identificación y catalogación de este conjunto material aún no ha sido completada. Sería deseable asimismo que se precisara la relación entre los materiales provenientes del exterior e interior del recinto y el contexto estratigráfico asociado a ambos.

Tampoco se ha avanzado nada sobre el carácter de esta ritualidad. En ese sentido ya señalamos en otra ocasión que la supuesta vinculación trascendente entre el complejo construido del recinto superior y el crestón rocoso situado al oeste del mismo (situado, por lo tanto, fuera de él) carece de argumentos contrastables que la avalen (RÍOS 2017: 232-233)<sup>9</sup>.

## VALORACIÓN

Lo abrupto del relieve y la marginalidad con relación a los principales corredores naturales de comunicación explican que el occidente de Asturias fuera en gran medida ajeno a las transformaciones socioeconómicas, ligadas a los contactos de larga distancia, que afectaron al noroeste peninsular en el periodo comprendido entre los siglos X y VIII a.C. Cabe prever por lo tanto, y en contra de lo que apuntara Maya (1989: 11-15), que el proceso de formación del paisaje dominado por los poblados fortificados en el oeste astur se ajustó un ritmo particular, a todas luces más lento y tardío que el documentado en otros ámbitos menos periféricos del noroeste peninsular.

El registro arqueológico refleja con claridad esta disparidad (GONZÁLEZ RUIBAL 2006-07: 90-95). La pobreza del que alberga el oeste asturiano –donde los asentamientos al exterior inmediatamente anteriores a la aparición de los poblados fortificados resultan aún invisibles– no permite precisar, al menos por ahora, su diacronía, por lo que la afinidad con el acontecido en el sector galaico portugués se limita a una presunta y relativa simultaneidad, sustentada casi en exclusiva por una serie de dataciones radiocarbónicas, de las que buena parte siquiera tienen vinculación directa con hitos arqueológicos específicos (fundación o amortización de estructuras, hogares, horizontes de uso, etc...) y muchas han sido extraídas de concentrados de tierra carbonosa, material que ofrece el menor grado de certeza en la relación de sincronía con el contexto arqueológico a datar (RUBINOS

---

<sup>8</sup> Antonio de la Peña juzga que sus elevados intervalos las convierten prácticamente en inservibles, hasta el punto “de haber dejado de ser un sistema de tipo *absoluto* para derivar a *relativo*”, prefiere por ello tomar como referencia para fijar la cronología del poblado el valor Godwin (PEÑA 1992: 44-45).

<sup>9</sup> Dista de constituir una novedad la pretensión de vincular con rocas de morfología singular los impulsos religiosos de las poblaciones de la prehistoria reciente y protohistoria, y en particular, la castreña. Hace casi cincuenta años que Labandera propuso conexiones de este tipo entre una peña existente en la playa de la Paloma y los moradores de El Castelo de Esteiro (1970: 117).

2009: 339). Casi todas se ven además afectadas por el problema de la curva de calibración conocido como “catástrofe del Hierro”, del que se derivan horquillas de gran amplitud.

La aparición de los castros es el reflejo material más evidente de unas transformaciones socioeconómicas que no se desarrollaron de igual manera en los distintos ámbitos del noroeste. Es sabido que no existió una nítida línea de separación temporal entre el final de la Edad del Bronce y lo que vino después, sino una paulatina transformación de las estructuras sociales y económicas en la que el surgir de los poblados fortificados representa el arranque del definitivo proceso de fijación de las comunidades al territorio, que no debió de ser repentino -aunque pudiera llevarse a efecto en un plazo relativamente corto-, ni tampoco simultáneo. El principal, y posiblemente el único, factor desencadenante de la aparición del poblamiento estable en el occidente astur tuvo que ser el incremento del papel de la agricultura en las estrategias de subsistencia, cuya importancia en el surgir del fenómeno castreño en el noroeste peninsular se viene destacando desde hace décadas (CALO y SIERRA 1983:43-48). Los estudios polínicos, antropológicos y carpológicos realizados en relación con castros tempranos del norte de Portugal y del sur de Galicia muestran esta mayor sofisticación de las estrategias agrarias (aparición de cereales de verano e invierno, leguminosas y mijo), que refleja una intensa y continua explotación de los entornos que requiere de una sedentarización avanzada (PEÑA 1992: 42-44; AIRA y RAMIL 1995; BETTENCOURT 2013: 162; TERESO *et alii* 2016: 48 y ss.). En esta etapa inicial parece que se mantuvo la tradición heredada de la Edad del Bronce de laboreos extensivos de ciclo largo, en espera de las innovaciones tecnológicas que en siglos posteriores permitiría colonizar las tierras de los valles (PARCERO 2000: 86).

No disponemos por el momento de datos relacionables con los poblados del occidente astur, pero parece razonable prever una evolución similar. Asimismo, parece lícito contemplar, al menos en calidad de hipótesis, la futura aparición de horizontes de ocupación en alto y sin fortificar como antecedentes inmediatos de algunos castros tempranos, equiparables, por ejemplo, a la fase Ib de Sao Juliao (BETTENCOURT 2000: 105-107); pero que también han sido reconocidos en castros de fundación mucho más tardía de territorios alejados de la franja costera atlántica, y que por ello se presumen menos dinámicos. La fase I de Crastoeiro, fechable ya en el siglo IV, representa un buen ejemplo en este sentido (DINIS 2001: 106-108, 121-123).

La aparición de las primeras estructuras defensivo-delimitadoras constituye la primera muestra expresa de la voluntad de permanencia. A través de ellas las comunidades castreñas proyectan al exterior su pretensión de vincularse con el territorio circundante. La cerca más antigua localizada hasta el momento es la que subyace a la muralla de módulos de San Chuis. Su datación se apoya en dos fechas radiocarbónicas, de las que si bien una de ellas proporciona una cronología absoluta a caballo entre los siglos IX-VIII a.C., la calibración de la segunda genera una amplia meseta comprendida entre el primer tercio del siglo VIII y finales del siglo V a.C., amplitud que no autoriza a restringir la construcción de este muro a finales del siglo IX o principios del VIII a.C.

La muralla y foso que circundan el recinto superior del Chao Samartín se asocian sin duda con la primera fase de ocupación del asentamiento, pero los problemas derivados de los contextos de procedencia de algunas muestras datadas por radiocarbono y las amplias mesetas proporcionadas por casi todas las dataciones no permiten tampoco constreñir su origen a un periodo tan limitado como el propuesto, a caballo de nuevo entre los siglos IX-VIII a.C. En cuento a los agujeros de poste de este recinto nada avala su relación con una finalidad poliorcética. Lo más probable, de hecho, es que sirvieran de anclaje a estructuras sobre elevadas, cuyo número, dimensiones, función, y cronología relativa con relación al resto de estructuras localizadas en el recinto superior deberá ser determinado a través de nuevas excavaciones.

La información que disponemos de los espacios domésticos de esta etapa inicial es por el momento muy imprecisa y reducida. En este marco temporal cabe esperar su relación con construcciones en material perecedero y todo apunta a que los agujeros de poste excavados sobre la roca que han sido localizados en el Barrio Alto de San Chuis se vinculan con estructuras de este tipo. El pobre repertorio ergológico asociado a esta fase fundacional (MARÍN 2007: 152 y ss) podría reflejar además un poblamiento poco denso, que acaso pudo tener un carácter estacional. Tratar de avanzar en el conocimiento de esta etapa inicial solo a través del análisis del registro recuperado de las antiguas excavaciones dirigidas por Francisco Jordá constituye un ejercicio abocado a continuas relecturas y reinterpretaciones, por lo que el progreso en la investigación pasa necesariamente por acometer nuevas excavaciones en extensión que permitan identificar arqueológicamente los horizontes que integran la secuencia de ocupación del asentamiento y su cronología relativa, con el correspondiente registro de estructuras y depósitos sedimentarios asociados; además de servir para extraer lecturas de orden social, que es una de las grandes tareas pendientes de la arqueología castreña asturiana desde hace décadas (RÍOS y GARCÍA DE CASTRO 2001: 91).

Otros dos castros para los que se defiende una fundación temprana también han proporcionado construcciones domésticas en material perecedero. Al inicio de este artículo hemos expuesto brevemente el caso de Os Castros de Taramundi, cuyo conjunto de cabañas de su fase inicial no puede circunscribirse a ese reducido marco –ss IX-VIII a.C.– en el que se insiste en situar el origen para la generalidad de los castros asturianos. En Chao Samartín se pudo constatar también la existencia de zanjas perimetrales relacionadas con cabañas de este tipo, para las que se fijó el siglo IV a.C. como referente *ante quem* (VILLA 2007c: 198). Se ha especulado también con su relación con “depósitos contemporáneos del recinto superior” (VILLA 2007b: 29), aunque nada se ha avanzado por el momento al respecto.

En suma, la información de la que disponemos sobre la aparición de los primeros poblados fortificados del occidente astur nos muestra a esta etapa aún rodeada de sombras. Parece oportuno en consecuencia situar este proceso formativo a un arco temporal bastante más amplio que el barajado hasta ahora, quizá a caballo entre los ss. VIII y V a.C., en tanto no dispongamos de nuevos datos que ayuden a precisar la cuestión; y máxime si se tiene en cuenta que, al igual que ha podido constatarse en el resto de los ámbitos del noroeste peninsular, el surgimiento de los poblados más tempranos no tuvo necesariamente que ser sincrónico en todos los biotopos que integra el territorio occidental asturiano. Se trata, en definitiva, de asociar la aparición del poblamiento castreño con las transformaciones paulatinas que tuvieron lugar en el periodo comprendido, *grosso modo*, entre los momentos finales del Bronce Atlántico en su acepción más tradicional y la difusión de manufacturas de hierro locales, que en el norte de Portugal no acontece hasta el siglo V a.C. (SILVA 1986: 170-171) y que en Asturias se retrasa hasta el siglo IV a.C. (FANJUL y MARÍN 2006; CAMINO y VILLA 2014)<sup>10</sup>. Como es sabido, esta tardía aparición de las manufacturas del hierro ha

---

<sup>10</sup> Un puñal de antenas recuperado de Os Castros de Taramundi constituye la (aparente) excepción a esta cronología (VILLA 2009: 106-107). Su hoja de hierro apareció cubierta por una vaina con restos de materia orgánica que fueron sometidos a datación radiocarbónica. La fecha obtenida es aberrante (UA 17646: 2900±120 BP. Fecha calibrada a dos sigmas: 1387-833 BC.; VILLA *et alii* 2007: 276), resultando además incoherente con el contexto arqueológico del que proviene la pieza, que fue calificada de “deposición intencionada” ligada a la fundación de una cabaña perteneciente al primer horizonte construido en piedra del castro, para el que se propone una fecha *post quem* en los siglos V-IV a.C. (MENÉNDEZ *et alii* 2013: 192). De esta cabaña (C-3), se ha destacado además su “inequívoca vinculación con periodos en los que el caserío de la Edad del Hierro experimentó profundas reformas” (VILLA *et alii* 2007: 269). Pese a todo ello, en fechas recientes se ha juzgado el puñal como una muestra de la metalurgia del hierro “anterior al siglo V” (CAMINO y VILLA 2014: 61), impreciso periodo a caballo entre la fecha radiométrica y la deducida a partir del análisis del contexto estratigráfico. El planteamiento constituye una muestra palmaria de la distorsión que se introduce en el registro arqueológico cuando la radiometría adquiere entidad autónoma y se valora con independencia del contexto estratigráfico del que provienen las muestras sometidas a datación (GARCÍA DE CASTRO 2016: 17; RÍOS 2017: 29). Fanjul y Marín, por su parte, prefieren poner el énfasis en los paralelos formales, tanto del propio puñal (Santa Trega, Lebosandaus y San Cibrán de Las), como de la contera de la vaina (Borneiro, Viladonga, Fozara), que remiten a fechas posteriores al S IV a.C., coherentes por lo tanto con el contexto arqueológico asociado a la pieza de Taramundi (FANJUL y MARÍN 2006: 114).

llevado a muchos investigadores portugueses a negar incluso la existencia de la I Edad del Hierro en el norte de Portugal. En ese sentido, Martins propone prolongar la Edad del Bronce hasta el s. VI a.C. (1990:110-111); mientras que Bettencourt reivindica la existencia de un amplio periodo de transición desde el siglo VII hasta el siglo IV a.C., en el cual se produciría una evolución de carácter endógeno, aunque muy marcada por influencias alóctonas, y en el que seguirían estando presentes materiales característicos del Bronce Final, como las hachas de talón y dos anillas o los calderos de remaches (2005:27), lo que obliga a relativizar el hallazgo de estos materiales en castros como indicadores de su origen en el Bronce Final. Una pieza recuperada del castro de Chao Samartín confirma la perduración de estos anacronismos tipológicos en el occidente asturiano, llevándola incluso hasta una etapa avanzada de la Edad del Hierro, cuando menos. Se trata de una hacha de talón y dos anillas recuperada entre el sedimento que se interponía entre dos losas de pizarra que sirvieron de sucesivas bases al hogar de una cabaña, para la que se postula una fundación posterior al siglo IV a.C. y que estuvo en uso hasta el s. II d.C. El estrato asociado proporcionó dos dataciones radiocarbónicas<sup>11</sup>, cuyas fechas calibradas definen una horquilla temporal comprendida entre mediados del siglo II a.C. y la segunda década del siglo I d.C. (BLAS y VILLA 2007: 283-286). A la vista de este contexto parece más razonable ver en esta pieza una prueba de esta perduración tipológica que considerar que su fabricación pudo producirse en el marco del Bronce Final Atlántico II (BLAS y VILLA 2007: 284-286; VILLA 2009: 124-125), asumiendo con ello que su vigencia se prolongó durante casi un milenio. Todo ello con independencia de la veracidad o falsedad del carácter ritual que se atribuye al hallazgo, que solo se apoya en conjeturas –en propia definición de los defensores de la hipótesis- (BLAS y VILLA 2007: 286-288), y que no parecen avalar ni las evidentes huellas de uso que presenta el instrumento ni el contexto del que proviene.

## BIBLIOGRAFÍA

- AIRA RODRÍGUEZ, María Jesús; RAMIL REGO, Pablo (1995), Datos paleobotánicos del norte de Portugal (Baixo Minho) estudio polínico y paleocarpológico, *Lagasalia*, 18(1), Sevilla, Universidad de Sevilla/Departamento de Botánica, pp. 25-38.
- ARMADA PITA, Xosé Lois (2003), Los calderos del castro de A Peneda (Redondela, Pontevedra), *Gallaecia*, 22, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 103-142.
- ARMADA PITA, Xosé-Lois (2011), Feasting metals and the ideology of power in the late Bronze Age of atlantic Iberia, en ARANDA JIMÉNEZ, Gonzalo; MONTÓN SUBÍAS, Sandra y SÁNCHEZ ROMERO, Margarita (eds), *Guess who's coming to dinner. Feasting ritual in the prehistoric societies of Europe and the near east*, Oxford, Oxbow Books, pp. 158-183.
- ARMADA PITA, Xosé Lois y VILAÇA, Raquel (2016), Rituales de comensalidad en el Bronce Final de la Iberia atlántica: artefactos metálicos, contextos e interpretación, en VILAÇA, Raquel y SERRA, Miguel (eds), *Matar a fome, alimentar a alma, criar sociabilidades. Alimentação e comensalidade nas sociedades pré e proto-históricas*, Coimbra, Instituto de Arqueología, pp. 127-157.
- BETTENCOURT, Ana M.S. (2000), *O povoado de São Julião, Vila Verde, norte de Portugal, nos finais da Idade do Bronce e na transição para a Idade do Ferro*, Braga, Universidade do Minho.
- BETTENCOURT, Ana M.S. (2005), O que aconteceu às populações do Bronce Final do noroeste de Portugal, no segundo quartel do I milénio A.C. e quando começou, afinal, a Idade do Ferro?, *Cadernos do Museo de Penafiel*, 11, Penafiel, Museu Municipal, pp. 25-40.

---

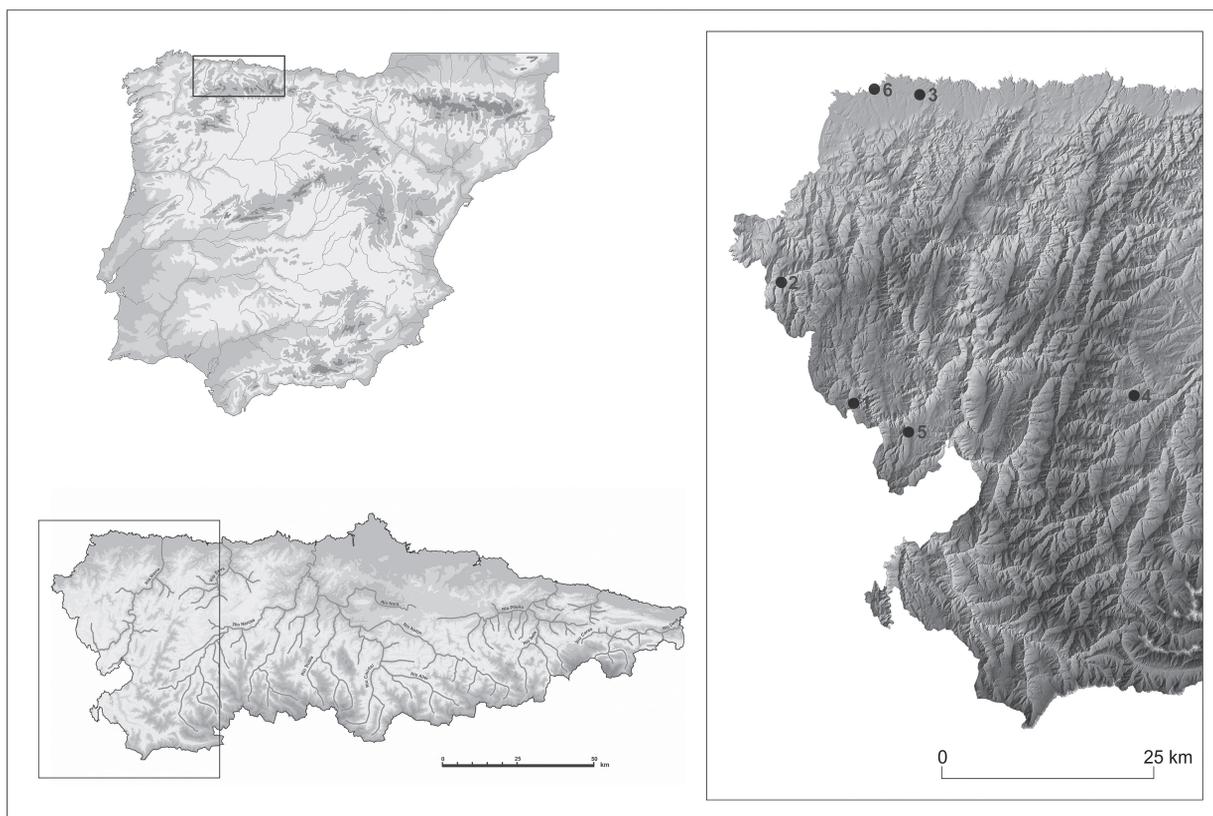
<sup>11</sup> CSIC 1778: 2051 +32 BP, Cal BC, 166-127 (11,5%)/cal BC. 122-Cal AD 24 (83,9%). CSIC 1781: 2053.37, Cal BC 168-Cal AD 24 (95,4%). (BLAS y VILLA 2007: 283).

- BETTENCOURT, Ana M.S. (2013), O Bronze Final no noroeste português. Uma rede complexa de lugares, memórias e ações, *Estudios arqueológicos de Oeiras*, 20, Barcarena, Câmara Municipal de Oeiras, pp. 157-172.
- BLAS CORTINA, Miguel Ángel de y VILLA VALDÉS, Ángel (2007), La presencia no accidental de un hacha de talón en un fondo de hogar en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias), en CELIS SÁNCHEZ, Jesús (coord), *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en la península ibérica*, León, Junta de Castilla y León/Diputación de León, pp. 280-289
- CALO LOURIDO, Francisco y SIERRA RODRÍGUEZ, Xosé Carlos (1983), As orixenes do castrexo no Bronce Final, en PEREIRA MENAUT, Gerardo (ed), *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 19-85.
- CAMINO MAYOR, Jorge (1999), Excavaciones arqueológicas en los castros de la ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas, *Excavaciones arqueológicas en Asturias*, 4 (1995-1998), Oviedo, Principado de Asturias, pp. 151-161.
- CAMINO MAYOR, Jorge (2016), La arquitectura doméstica de la Edad del Hierro en Asturias. Algunos ejemplos singulares, *ARPI*, 5, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, pp. 79-95.
- CAMINO MAYOR, Jorge y VILLA VALDÉS, Ángel (2014), El hierro en el registro arqueológico de la protohistoria cantábrica, *Kobie-Serie Anejo*, 13, Bilbao, Diputación Foral, pp. 59-74.
- CANO PAN, Juan Antonio (2010), Arquitectura y sociedad en un poblado de la Primera Edad del Hierro en el noroeste de la península ibérica, en BUENO, Primitiva; GILMAN, Antonio; MARTÍN MORALES, Concha y SÁNCHEZ PALENCIA, Francisco Javier (eds), *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Estudios sobre prehistoria reciente, protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a M<sup>a</sup> Dolores Fernández Posse*, Madrid, CSIC, pp. 195-210.
- CANO PAN, Juan Antonio y GÓMEZ FILGUEIRAS DE BRAGE, Fernán (2010), El yacimiento de Punta de Muros: un poblado de producción metalúrgica en el NO de la península ibérica, *Anuario Brigantino*, 33, Betanzos, Concello de Betanzos, pp. 27-56.
- CARBALLO ARCEO, Xulio (1996), Os castros galegos: espacios e arquitectura, *Gallaecia*, 14-15, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 309-357.
- CARBALLO ARCEO, Xulio y GONZÁLEZ RUIBAL, Alfredo (2003), A Cultura Castrexa do NW da Península Ibérica en Galicia, *Boletín Auriense*, 33, Ourense, Museo Arqueolóxico Provincial, pp. 37-75.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, Elías (1990), La cultura castreña en Asturias, *Historia de Asturias I, Prehistoria-Historia Antigua*, Oviedo, Prensa Asturiana, pp. 121-136.
- COFFYN, André (1978), Une faucille de l'Âge du Bronze à Conimbriga, *Revista de Guimarães*, 88, Guimarães, Casa de Sarmiento, pp. 365-370.
- COFFYN, André (1985), *Le Bronze Final Atlantique dans la péninsule ibérique*, París, De Boccard.
- CUESTA TORIBIO, Francisco; JORDÁ PARDO, Jesús F.; MAYA GONZÁLEZ, José Luis y MESTRES GABARRO, Joan (1996), Radiocarbono y cronología de los castros asturianos. *Zephyrus*, 49, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 225-270.
- DINIS, Antonio Pereira (2001), *O povoado da Idade do Ferro do Crastoeiro (Mondim de Basto, norte de Portugal)*, Braga, Universidade do Minho.
- FANJUL PARAZA, Alfonso y MARÍN SUÁREZ, Carlos (2006), La metalurgia del hierro en la Asturias castreña, *Trabajos de Prehistoria*, 63(1), Madrid, CSIC, pp. 113-131.

- GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, César (2016), Arqueología: destrucción vs conocimiento, en GIRALDEZ FERNÁNDEZ, Pilar y VENDRELL SAZ, Màrius (eds), *Transformació, destrucció i restauració dels espais medievals*, Barcelona, Patrimoni 2.0 Consultors, pp. 9-28.
- GERLOFF, Sabine (1986), Bronze Age Class A cauldrons: typology, origins and chronology, *Journal of The Royal Society of Antiquaries of Ireland*, 116, Dublín, Royal Society of Antiquaries of Ireland, pp. 84-115.
- GONZÁLEZ PRATS, Alfredo (1992), Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente-Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico en la península ibérica, *Trabajos de Prehistoria*, 49, Madrid, CSIC, pp. 243-257.
- GONZÁLEZ RUIBAL, Alfredo (2006-2007), *Galaicos. Poder y comunidad en el noroeste de la península ibérica (1200 a.C. -50 d.C.)*, La Coruña, Museo arqueológico e histórico Castelo de San Antón.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1985), Allande: castro de San Chuis, *Arqueología* 83, Madrid, Ministerio de Cultura, p. 80.
- JORDÁ PARDO, Jesús (1990), El medio geológico y su explotación en el castro de San Chuis (Allande, Asturias), *Boletín geológico y minero*, 101(5), Madrid, Instituto Geológico y Minero, pp. 780-791.
- JORDÁ PARDO, Jesús (2009), Descubriendo el castro de San Chuis (Allande, Asturias): Nuevas aportaciones al conocimiento de la cronología radiocarbónica de los castros asturianos, *Entemu*, 16, Gijón, UNED, pp. 47-63.
- JORDÁ PARDO, Jesús y GARCÍA MARTÍNEZ, Mercedes (2007), Investigaciones arqueológicas en el castro de San Chuis (Allande, Asturias): últimos trabajos y memoria final, *Excavaciones arqueológicas en Asturias*, 5 (1999-2002), Oviedo, Principado de Asturias, pp. 141-148.
- JORDÁ PARDO Jesús y MARÍN SUÁREZ, Carlos (2007), Las cerámicas indígenas del castro de San Lluís (Allande, Asturias), en FANJUL PARAZA, Alfonso (coord), *Estudios varios de arqueología castreña*, Santander, España: I.E.P.A, pp. 135-152.
- JORDÁ PARDO, Jesús; MARÍN SUÁREZ, Carlos y MOLINA SALIDO, Juana (2014), El castro de San Chuis (San Martín de Beduledo, Allande, Asturias): cincuenta y dos años de investigación arqueológica, *Anejos de Nailos*, 2, Oviedo, APIAA, pp. 135-175.
- JORDÁ PARDO, Jesús; MESTRES TORRES, Joan y GARCÍA MARTÍNEZ, Mercedes (2002), Arqueología castreña y método científico: nuevas dataciones radiocarbónicas del castro de San Chuis (Allande, Asturias), *Croa*, 12, Villadonga, Museo de Villadonga, pp. 17-36.
- LABANDERA CAMPOAMOR, José Antonio (1970), La cultura de los castros. *BIDEA*, 69, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, pp. 105-124.
- LEMONS, Francisco SANDE (2009), A Cultura Castreja no Minho. Espaço nuclear dos grandes povoados proto-históricos do Noroeste Peninsular, *Minho, traços de Identidade*, Braga, Universidade do Minho, pp. 122-213
- MANZANO HERNÁNDEZ, María Paz (1986-1987), Avance sobre la cerámica común del castro de San Chuis. Pola de Allande, *Zephyrus*, 39-40, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 397-410.
- MARÍN SUÁREZ, Carlos (2007), Los materiales del castro de San Lluís (Allande, Asturias), *Complutum*, 18, Madrid, Universidad Complutense, pp. 131-160
- MARTINS, M. Manuela (1990), *O povoamento proto-histórico e a romanização da bacia do curso médio do Cávado*, Braga, Universidade do Minho.

- MAYA GONZÁLEZ, José Luis (1988), *La cultura material de los castros asturianos. Estudios de la Antigüedad 4/5*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.
- MENÉNDEZ GRANDA, Alfonso; MARTÍN HERNÁNDEZ, Esperanza y VILLA VALDÉS, Ángel (2013), La exploración de áreas inéditas en el poblado fortificado de Os Castros de Taramundi, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 7 (2007-2012)*, Oviedo, Principado de Asturias, pp. 189-196.
- MORENO RASO, Iciar (2014), *Longhouses del Bronce Final-Hierro I en la península ibérica, Arqueología y territorio, 14*, Granada, Universidad de Granada, pp. 25-37.
- PARCERO OUBIÑA, César (2000), Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del noroeste ibérico, *Trabajos de Prehistoria, 57(1)*, pp. 75-95.
- PEÑA SANTOS, Antonio de la (1992), *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las memorias de las campañas de excavaciones 1984-1990*, La Coruña, Xunta de Galicia.
- PIAY AUGUSTO, Diego; CANO PAN, Juan A.; NAVEIRO LÓPEZ, Juan (2015), La construcción anular y el enclos de Ventosiños (Coeses, Lugo). Estudio preliminar de un conjunto del Bronce Final, *Zephyrus, 76*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 57-76.
- RÍOS GONZÁLEZ, Sergio (2017), *Los baños castreños del noroeste de la península ibérica*, Pola de Siero, Ménsula ediciones.
- RÍOS GONZÁLEZ, Sergio (e.p), En la periferia del noroeste peninsular. Particularidades del hábitat doméstico castreño del oeste de Asturias, *Congresso Internacional Cultura Castrexa. Identidade e transições (Santa María da Feira. Museo Convento dos Lóios. 15-17 de noviembre de 2018)*.
- RÍOS GONZÁLEZ, Sergio y GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, César (2001), Observaciones en torno al poblamiento castreño de la Edad del Hierro en Asturias, *Trabajos de Prehistoria, 58(2)*, Madrid, CSIC, pp. 89-107.
- RUBINOS PÉREZ, Antonio (2009), Límites de la geocronología en el estudio de yacimientos de época histórica, *Munibe, 60*, San Sebastián, Aranzadi, pp. 331-347.
- SAMPAIO, Hugo ALUAI; BETTENCOURT A. M.S.; BARBOSA, Rui.; DINIS, Antonio y CRUZ, Carlos SIMÕES (2008), A importância do povoado do Pego no Bronce Final do noroeste de Portugal, *Férvedes, 5*, Villalba, Museo de Prehistoria e Arqueoloxía de Villalba, pp. 227-233.
- SILVA, Armando COELHO FERREIRA da (1986), *A Cultura castrexa no noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira, Museu Arqueológico da Citânia de Sanfins.
- TERESO, Joao Pedro; BETTENCOURT ANA M.S.; RAMIL REGO, Pablo; TEIRA BRIÓN, Andrés; LÓPEZ DÓRIGA, Inés; LIMA, António y ALMEIDA, Rubim (2016), Agriculture in NW Iberia during the Bronze Age: a review of archaeobotanical data, *Journal of Archaeological Science: Reports, 10*, Amsterdam, ELSEVIER, pp. 44-58.
- VÁZQUEZ LIZ, Pablo; PRIETO MARTÍNEZ, María Pilar y NÚÑEZ JATO, Juan Francisco (2015), El pasado olvidado: el sitio del II y I milenio B.C. de Pena Fita (Adai, Lugo) en el contexto de las “longhouses” del NW peninsular, *Gallaecia, 34*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 9-56.
- VILLA VALDÉS, Ángel (1992), Breve resumen de los inventarios arqueológicos Grandas de Salime, S. Martín de Oscos, Sta. Eulalia de Oscos y Villanueva de Oscos, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 2 (1987-1990)*, Oviedo, Principado de Asturias, pp. 223-225.
- VILLA VALDÉS, Ángel (1999-2000), Descripción de estructuras defensivas e trazado urbano no castro do Chao de San Martín (Grandas de Salime, Asturias), *Boletín do Museo Provincial de Lugo, 9*, Lugo, Museo Provincial de Lugo, pp. 367-419.

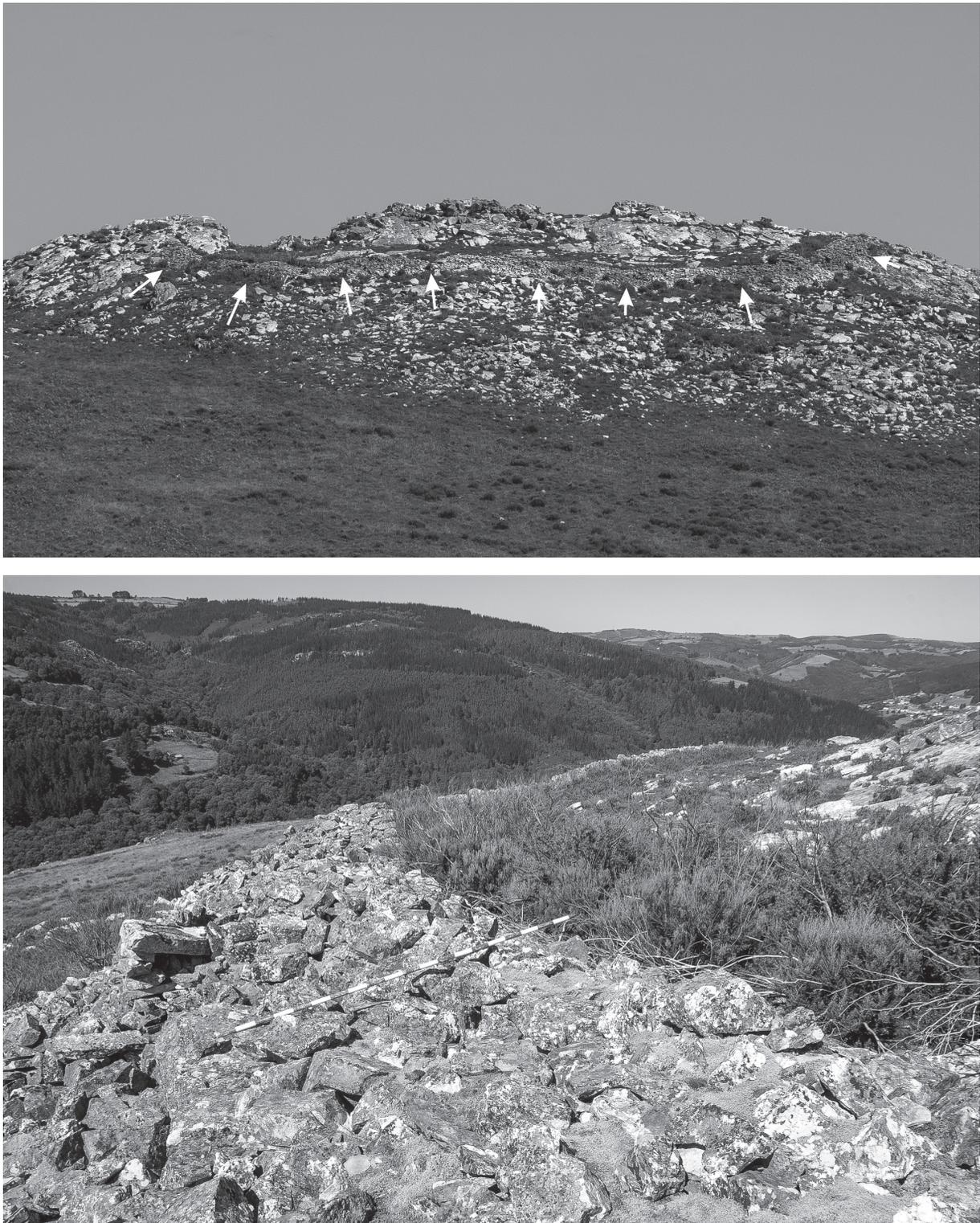
- VILLA VALDÉS, Ángel (2002), Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias, en BLAS CORTINA, Miguel Ángel y VILLA VALDÉS, Ángel (eds), *Los poblados fortificados del Noroeste de la península ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña*, Navia, Ayuntamiento de Navia, pp. 159-188.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2005), *El castro de Chao Samartín*, Grandas de Salime, Sociedad Arqueológica Profesional.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2007a), El castro de El Picón (La Coroza, Tapia de Casariego): un poblado de la Edad del Bronce en la marina occidental asturiana, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 5 (1999-2002)*, Oviedo, Principado de Asturias, pp. 277-282.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2007b), Mil años de poblados fortificados en Asturias (siglos IX a.C.-II d.C.), en FERNÁNDEZ TRESGUERRES (Coord), *Astures y romanos: nuevas perspectivas*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, pp. 27-60.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2007c), El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) y el paisaje fortificado en la Asturias protohistórica, en BERROCAL RANGEL, Luis y MORET, Pierre (eds), *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*, Madrid, Real Academia de la Historia/Casa de Velázquez, pp. 191-212.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2007d), La excavación arqueológica del Chao Samartín en el periodo 1999-2002. Precisiones sobre su origen y pervivencia, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 5 (1999-2002)*, Oviedo, Principado de Asturias, pp. 123-134.
- VILLA VALDÉS, Ángel (2009), *Castro de Chao Samartín. Catálogo*, Oviedo, Gobierno del Principado de Asturias.
- VILLA VALDÉS, Ángel y CABO PÉREZ, Luís (2003), Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro de Chao Samartín: argumentos para su datación, *Trabajos de Prehistoria, 60(2)*, Madrid, CSIC, pp. 143-151.
- VILLA VALDÉS, Ángel y MENÉNDEZ GRANDA, Alfonso (2009), Estudio cronoestratigráfico de las murallas del castro de San Chuis, en San Martín de Beduledo (Allande, Asturias), *BRIDEA*, 173-174, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, pp. 159-179.
- VILLA VALDÉS, Ángel; MENÉNDEZ GRANDA, Alfonso y FANJUL MOSTEIRÍN, Juan Antonio (2007), Excavaciones arqueológicas en el poblado fortificado de Os Castros, *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 5 (1999-2002)*, Oviedo, Principado de Asturias, pp. 267-275.



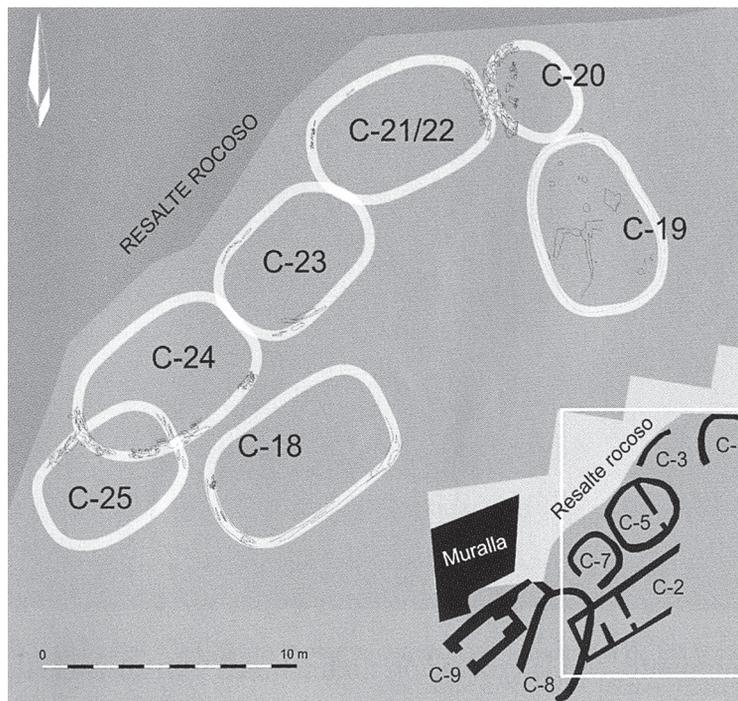
**Fig. 1:** Situación de los castros y otros asentamientos citados en el texto. 1: Cortín dos Mouros (Santa Eulalia de Oscos); 2: Os Castros (Taramundi); 3: El Picón de la Coroza (Tapia de Casariego); 4: Castro de San Chuis (Allande); 5: Chao Samartín (Grandas de Salime); 6: Castelo del Esteiro (Tapia de Casariego).



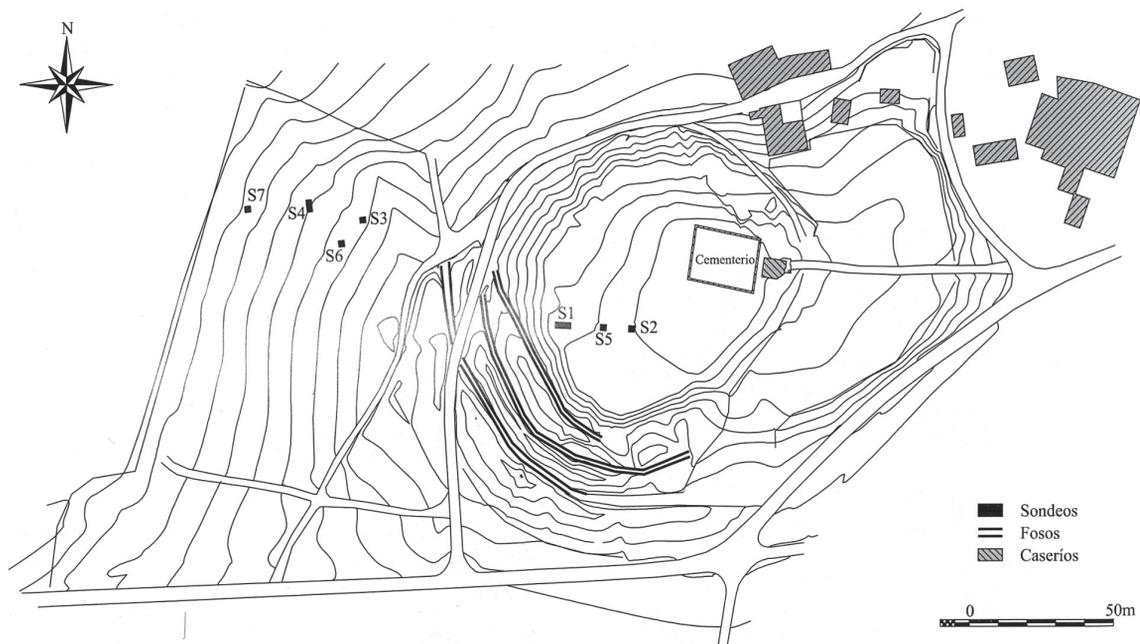
**Fig. 2:** Vista de la Sierra de Peña Tiñosa y situación del Cortín dos Mouros, desde el oeste.



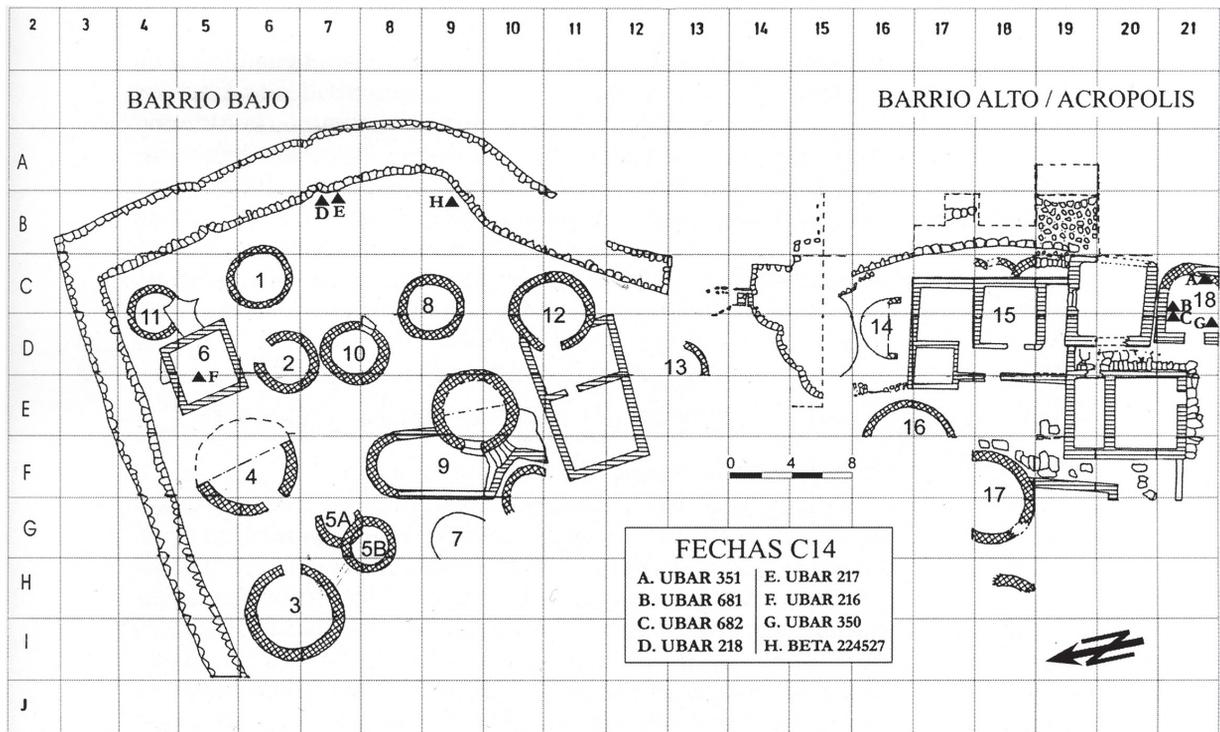
**Fig. 3:** 1. Vista del Cortín dos Mouros desde el oeste. Las flechas marcan la situación de la muralla. 2. Vista de detalle de la muralla, desde el sur.



**Fig. 4:** Planta del grupo de cabañas en material perecedero de la fase 1 exhumadas en el sector norte de Os Castros de Taramundi. Abajo y a la derecha se representan las estructuras superpuestas de la fase 2, prerromana, y de la fase 3, altoimperial, según MENÉNDEZ *et alii* 2013.



**Fig. 5:** 1. Picón de la Coroza. Vista del asentamiento desde el oeste; 2. Picón de la Coroza. Planta del asentamiento y localización de los sondeos, según VILLA 2007a.



**Fig. 6:** Planta de las áreas excavadas del castro de San Chuis, con indicación de los lugares de extracción de varias de las muestras sometidas a datación radiocarbónica, Según JORDÁ PARDO *et alii* 2014.



**Fig. 7:** Vista aérea de San Chuis (Fuente: Google Earth).

	CONTEXTO	MATERIAL	FECHA RADIOCARBÓNICA	CALIBRACIÓN A DOS $\sigma$	BIBLIOGRAFÍA
UBAR-216	Cuadro D-5. Nivel de materia orgánica carbonizada (nivel arqueológico IV). En estructura cuadrangular sobre estructura circular	Tierra carbonosa	2050 $\pm$ 50 BP	170 BC-68 AC (95,4%)	CUESTA <i>et alii</i> 1996
UBAR-217	Cuadro B-7. Contacto entre los niveles arqueológicos III (nivel de derrumbe, SC.5) y II (nivel de reocupación del poblado, SC.6)	Tierra carbonosa	1800 $\pm$ 140 BP	70 BC-590 AC (95,4%)	CUESTA <i>et alii</i> 1996
UBAR-218	Cuadro B-7, proximidades de la muralla. Nivel basal de naturaleza arcilloso-carbonosa dispuesto sobre la alteración del sustrato pizarroso (SC.1- Nivel VI)	Carbones selectos, junto con tierra carbonosa	2360 $\pm$ 60 BP	760-670 BC (13,4%) 670-630 BC (2,9%) 595-580 BC (1,0%) 565-350 BC (65,8%) 315-205 BC (12,4%)	CUESTA <i>et alii</i> 1996
UBAR-350	Cuadro C-21, interior de una estructura cuadrangular que descansa sobre otra circular antigua. Segundo nivel de ocupación (SC.3-Nivel IV)	Fragmento de carbón	2150 $\pm$ 60 BP	365-49 BC (95,4%)	CUESTA <i>et alii</i> 1996
UBAR-351	Cuadro C-21. Interior de una estructura circular antigua. Nivel basal de la secuencia estratigráfica (SC.1-Nivel VI)	Semillas junto con pequeños fragmentos de carbón	2600 $\pm$ 60 BP	825-760 BC (46,4%) 670-665 BC (2%) 630-590 BC (13,0%) 585-560 BC (6,1%)	CUESTA <i>et alii</i> 1996
UBAR-681	S.C.2001- C-21/D-21. Norte. S.C.1. Tomada de la parte más alta del nivel S.C.1	Tierra carbonosa	2200 $\pm$ 60 BP	360-200 BC (65,1%) 190-180 BC. (3,2%) 395-95 BC. (95,4%)	JORDÁ PARDO <i>et alii</i> 2002
UBAR-682	S.C.2001.C-21/D-21. Tomada de la "parte media" del nivel SC.1	Tierra carbonosa	2.355 $\pm$ 50 BP	715-682 BC (4,8%) 663-642 BC (1,6%) 588-581 BC (0,4%) 544-356 BC (84,5%) 288-233 BC (4,1%)	JORDÁ PARDO <i>et alii</i> 2002
Beta-222458	Sondeo 3. Horizonte sedimentario generado al pie de la muralla modular	Sin especificar	2300 $\pm$ 50 BP	410-350 BC 310-210 BC	VILLA y MENÉNDEZ 2009
Beta 222459	Sondeo 3. Sedimentos acumulados contra el paramento externo de la primitiva muralla	Sin especificar	2480 $\pm$ 50 BP	790-410 BC	VILLA y MENÉNDEZ 2009
Beta 222460	Sondeo 1. Depósitos acumulados contra el paramento interno de la primitiva muralla	Sin especificar	2590 $\pm$ 40 BP	820-770 BC	VILLA y MENÉNDEZ 2009
Beta 222461	Sondeo 1. Proveniente del paleosuelo que sirvió de asiento a la primitiva muralla	Sin especificar	4400 $\pm$ 50 BP	3320/3220- 3120/2900 BC	VILLA y MENÉNDEZ 2009

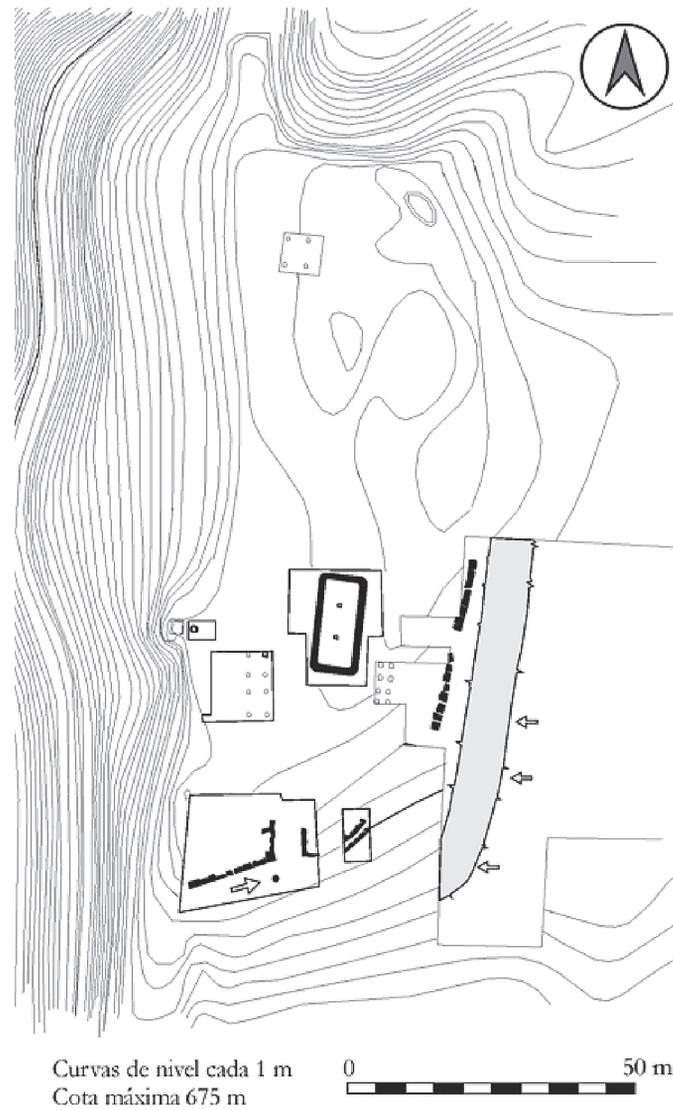
**Fig. 8:** Dataciones radiocarbónicas procedentes de San Chuis.



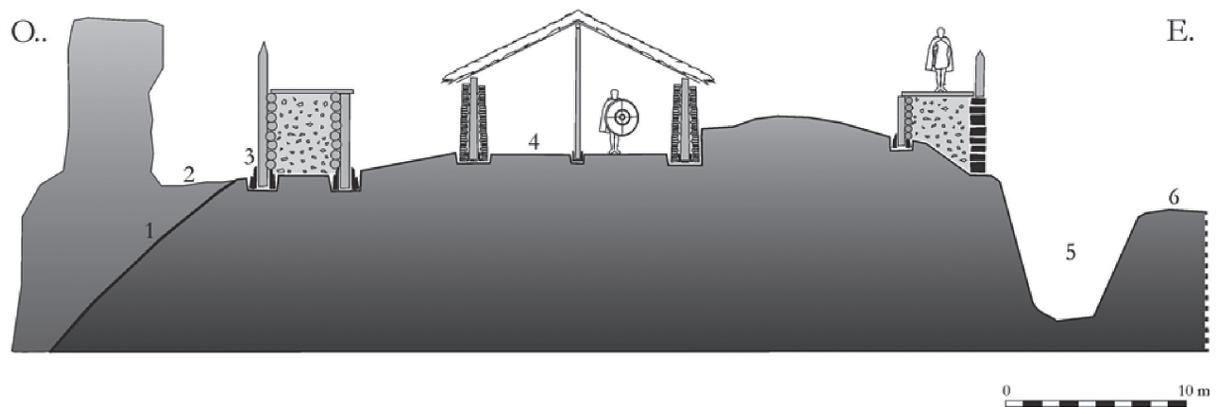
**Fig. 9:** San Chuis. Muro infrayacente a la muralla de módulos a la altura del sondeo 1 (Foto: VILLA y MENÉNDEZ 2011).



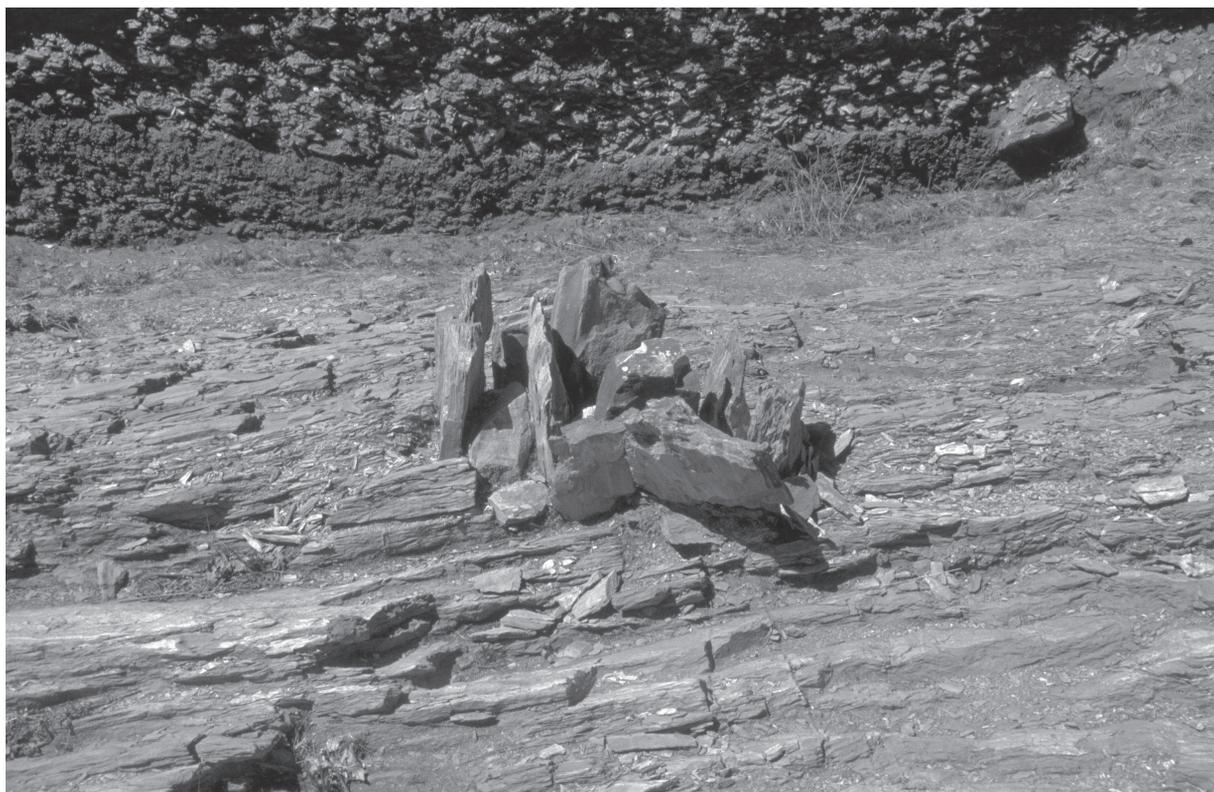
**Fig. 10:** Chao Samartín. Vista del castro desde el oeste.



**Fig. 11:** Chao Samartín. Planta de las estructuras asociadas a su fase más temprana en el recinto superior. La flechas señala el lugar en el que fue hallada la cista con la calota craneal humana, según VILLA y CABO 2003.



**Fig. 12:** Chao Samartín. Propuesta de restitución de las estructuras de la fase más temprana, según VILLA y CABO 2003.



**Fig. 13:** Chao Samartín, particular de uno de los orificios localizados en el sondeo del sector suroccidental.



**Fig. 14:** Chao Samartín. Sondeo del sector suroccidental. El perfil del fondo muestra la falta de evidencias de la existencia de un relleno entre las dos líneas de postes.



**Fig. 15:** Chao Samartín. Caja de cimentación del lateral norte de la gran cabaña del recinto superior.

PROCEDENCIA	REFERENCIA	CONTEXTO	MATERIAL	EDAD RADIOCARBÓNICA	CALIBRACIÓN A DOS $\sigma$
CISTA	CSIC-1784	paleosuelo cortado por la cista	Concentrado de Carbones	2545 $\pm$ 35 BP	802-754 BC (33,20%) 720-540 BC (62,20%)
	CSIC-1785	derrubios cubrientes	Concentrado de Carbones	2546 $\pm$ 39 BP	803-735 BC (32,00%) 726-528 BC (63,45%)
EXTERIOR DE LA "ACRÓPOLIS", AL E DEL FOSO	CSIC-1474	Paleosuelo sobre la roca	Concentrado de Carbones	2639 $\pm$ 28 BP	835-788 BC
GRAN CABAÑA	CSIC-1539	Nivel de incendio	Concentrado de carbones	2605 $\pm$ 34 BP	833-594 BC
	CSIC-1541	Nivel de incendio	Concentrado de Carbones	2548 $\pm$ 31 BP	801-543 BC
FOSO	CSIC 1475	Tramo superior del relleno del foso	Concentrado de carbones	2591 $\pm$ 27 BP	819-669 BC
EMPALIZADA	CSIC 1786	Agujero del sector noroccidental	Concentrado de madera	2587 $\pm$ 34 BP	828-758 BC (75,80%) 684-664 BC (7,60%) 636-589 BC (8,40%) 579-554 BC (3,70%)
ACRÓPOLIS	CSIC 1545	Hoguera situada al pie de un crestón cuarcítico	Concentrado de carbón	2481 $\pm$ 39 BP	774-415 BC
	CSIC 1544	Nivel de cenizas resultante del incendio de la empalizada	Concentrado de carbón	2402 $\pm$ 39 BP	761-393 BC

Fuente: VILLA y CABO 2003

**Fig. 16:** Dataciones radiocarbónicas ligadas a la ocupación más temprana del Chao Samartín.